

¡JESÚS!, ¿DUERMES?

TEMPESTAD CALMADA [279]

Contemplación – 2025

INTRODUCCIÓN.

Queridos ejercitantes, nos encontramos ya en la segunda semana de los Ejercicios Espirituales. Esa gran semana en la que mediante la meditación -la contemplación- de los misterios de la vida de Cristo aprendemos el actuar de Nuestro Rey.

El padre Casanovas -un gran comentador de los Ejercicios Espirituales- dice:

«El fin de la Segunda Semana es esencialmente práctico y consiste en abrazarse de hecho y de corazón con la pobreza, la humildad y el dolor de nuestro Señor Jesucristo, arrojándonos lo más que podamos a su persona, su doctrina y a sus ejemplos»¹.

Esta es, se podría decir, la semana de la **concreción de los ideales**. Todas nuestras buenas intenciones se tienen que ir concretando en **elecciones**, en **propósitos**. Por eso, San Ignacio te invita a sacrificarlo *todo* al amor de aquel Jesús a Quien, enardecido en la Primera Semana, le preguntábamos: “¿Qué debo hacer por Ti?”.

Esta semana nada de propósitos en el aire. El ejercitante ha de contestar categóricamente, con un “sí” o con un “no” a cuantas aficiones y repugnancias concretas o determinadas se presenten; y lo dicho debe concretarse en un **hecho**.

ACTOS PREPARATORIOS

Hoy nos toca contemplar los misterios de la vida de Cristo, especialmente el Misterio de la Tempestad Calmada. En el Libro de los Ejercicios Espirituales lo encontramos en el punto [279], y en el Evangelio de San Marcos, este evento se encuentra en **Mc 4,35-41**.

[279] DE COMO CHRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO SOSEGAR LA TEMPESTAD DEL MAR ESCRIBE SANT MATHEO, CAPÍTULO 8,23-27.

1° Primero: estando Christo nuestro Señor dormiendo en el mar, hizóse una gran tempestad.

2° Sus discípulos, atemorizados, lo despertaron, a los cuales por la poca fe que tenían reprehende diciéndoles: (*¿Qué teméis, apocados de fe?*).

3°: mandó a los vientos y a la mar que cessassen, así cessando se hizo tranquila la mar, de lo cual se maravillaron los hombres diciendo: (*¿Quién es éste, al qual el viento y la mar obedecen?*).

¹ R. P. IGNACIO CASANOVAS, SI, *Comentario y Explanación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Tomos I y II, Segunda Edición, “Capítulo IV – Elementos Sobrenaturales en el Método de los Ejercicios”, numeral “3. Fin de la segunda semana”, página 89.

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Bueno, leemos entonces el pasaje de las Sagradas Escrituras.

La historia: (Mc 4,35-41).

«Al atardecer de ese mismo día les dijo: “*Crucemos a la otra orilla*”. Ellos dejando a la multitud lo llevaron a la barca, así como estaba. Había otras barcas juntos con la suya. Entonces, se desató un fuerte vendaval y las olas entraban en la barca que se iba llenando de agua. Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal. Lo despertaron y le dijeron: “Maestro, ¿no te importa que nos ahoguemos?” Despertándose, él increpó al viento y dijo al mar: “*¡Silencio, cállate!*”. El viento se aplacó y sobrevino una gran calma. Después les dijo: “*¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?*” Entonces quedaron atemorizados y se decían unos a otros: “*¿Quién es éste que hasta el viento y el mar lo obedecen?*”».

Composición de lugar:

Jesucristo duerme. Se desata un fuerte vendaval. Podemos imaginar las olas que entran en la barca que se iba llenando de agua, y Jesucristo ¡duerme!. El viento castigaba a la barca y Jesucristo dormía.

Petición:

[104] Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

PUNTOS

Jesús, ¿duermes?

Pongámonos por un instante en la piel de los apóstoles, hombres de buenísimas intenciones, tal como nosotros; pero de poca fe, igual que nosotros. ¡Cuánto temor nos dan las tempestades! Cuando en nuestra vida tenemos dificultades, dolores, situaciones difíciles, decisiones importantes que tomar, en las que a veces no vemos la salida, ¡Jesucristo duerme!.

Hay ciertas almas a las que les agarra hasta cierta desesperación y hasta llegan a caer en la tentación de decir que Dios no está presente en sus dificultades. O quizás, a alguno de nosotros nos ha pasado que, dado que Jesús está durmiendo, caemos en desánimo ante las dificultades.

Sin embargo prestemos atención al actuar de Jesús en la tempestad: Él simplemente duerme. ¡Cuánto bien nos va a hacer esta meditación si la hacemos bien!, si tratamos de entender el por qué. Es decir, ¿por qué Jesús duerme con toda esta tempestad que hay en

mi vida? ¿Por qué ahora que quiero hacer todo bien, Jesús duerme?... Porque, de otra manera Jesús nos reprenderá, diciendo: “¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?”...

La santidad, ¿es posible?

Durante los Ejercicios nos proponemos conocer nuestros afectos desordenados para erradicarlos y ordenar nuestra vida hacia la santidad. Y uno de los elementos importantes en nuestro camino de santidad es nuestra **confianza en Dios**. Es por eso que en esta Meditación seguiremos algunos escritos de Santa Teresa de Lisieux, **la Santa del abandono confiado**.

Antes de meterme de lleno en la meditación de los textos de Santa Teresa les voy a explicar el procedimiento.

Una aclaración: Como saben, el Huésped de las Almas es el Espíritu Santo. Entonces, si ustedes encuentran luz en algún versículo, en alguna acción de Jesús, en alguna palabra, en el contemplar a Jesús durmiendo, en el temor de los Apóstoles, detenerse en ello. Si encuentran más paz o recogimiento o algún movimiento del alma, detenerse en él.

El predicador brinda materia que es libre. Si les sirve pueden usarla. Yo ahora les propongo meditar este suceso de la barca a la luz de la espiritualidad de Santa Teresita.

Entonces seguiremos la siguiente estructura: Leeremos los textos de Santa Teresa y haremos aplicaciones concretas.

Estos textos no los he seleccionado yo sino que los encuentran en un libro de Jacques Philippe que se llama «*La vía de la confianza y del amor*»², en la que el autor selecciona algunos textos de la Santa y los ordena para exponer su espiritualidad.

Bien, entonces vamos al primer texto. Ella, Santa Teresita, escribe a la Madre Superiora, María Gonzaga, quien la había invitado a escribir sus recuerdos. En este primer texto encontramos que la Santa vivió la misma experiencia que vivimos nosotros cuando queremos mejorar en nuestras vidas y ser santos.

«Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero ¡ay!, cuando me comparo con los santos siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un camino muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo»

Si observamos bien podemos identificar nuestras buenas intenciones con lo que dice Santa Teresa al principio, «yo siempre he deseado ser santa»... Es de esperar que, si venimos haciendo bien los Ejercicios o quizá ya nos ha sucedido en nuestra vida, este deseo haya aparecido en nuestra alma.

² JACQUES PHILIPPE, *La vía de la confianza y del amor (italiano) o su traducción al castellano: La Confianza en Dios – Ejercicios Espirituales*, Capítulo 1. Un Camino Totalmente Nuevo, p. 17.

Viendo nuestra fragilidad estamos ansiosos por conocer cómo nuestro Rey actúa y por lo tanto imitarlo, ser santos. Pero luego nos pasa lo mismo que a la Santa, «cuando me comparo con los santos siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar». Y aquí, cuando vemos esta desproporción que hay entre nuestras buenas intenciones y la santidad, aquí comienzan nuestros desánimos, aquí es cuando vamos en la barca y queremos despertar a Jesús. «¡Jesús, no duermas más!». No obstante nuestra buena voluntad, nos encontramos con nuestros límites y nos parece que el deseo de santidad es irrealizable.

¿Cuál es la tentación en esta situación? La tentación es no tener valentía y decir “no llegaré más a la santidad”. Pero, ¿cómo actuó Teresa? Ella dice: «Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables, por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad».

«Lo que agrada a Dios ... es que Ame mi pequeñez».

Aquí emerge uno de los aspectos más hermosos de la espiritualidad de Santa Teresa y que ahora nos importa especialmente, su **gran simplicidad y confianza en Dios**. Si Dios me dio éste deseo, entonces éste deseo debe ser realizable. En este punto, queridos ejercitantes, ya podríamos detenernos a meditar:

Jesús duerme en la barca. Es Él quien me ha invitado a subir a la barca. Hay una gran tempestad; pero si Él me ha invitado, significa que Él se encargará, aunque esté durmiendo.

Tenemos que aprender a no desanimarnos ante las dificultades. A veces nos sucede que tenemos pequeñas pruebas y dificultades que, como tenemos los afectos muy poco ordenados, nos pareciera que el mundo entero se viene abajo cuando en realidad, dice Jacques Philippe:

«Es como si fuese una suerte de llamada de atención de parte de Dios a salir de nosotros mismos, a dar pasos hacia adelante para madurar, para ser más adultos y libres.

En algunos momentos de la vida giramos sobre nosotros mismos, aprisionados en la inmadurez, en las lágrimas, en la dependencia. Pero siempre arriban las pruebas que son como un día de gracia. **La prueba es un don de Dios**, una invitación a la libertad. Necesitamos curar para volvernos “adultos en la fe”.

Ser cristianos en nuestro tiempo no es fácil. Recibimos esta fuerza y esta valentía, [es decir, la de ser cristianos], si somos capaces de responder “sí” a lo que Dios nos pide hoy.

Por tanto, plantead en vuestro corazón esta pregunta a Dios: ¿Cuál es el sí que me pedís hoy? ¿Cuál es el pequeño gesto de valentía y confianza que me invitas a hacer hoy? Y si lo logro, experimentaré que Tu gracia se manifiesta en mí y me afecta profundamente.

Estoy convencido de que muchos de nosotros recibiremos nuestras fuerzas de Dios sólo respondiendo “sí” a todo lo que el Señor nos pida, ya sean cosas pequeñas o cosas más importantes; según lo que quiera enseñarnos, se abrirá la puerta que permita entrar esta fuerza que es el mismo Espíritu Santo. En tu corazón hazle esta pregunta a Dios: ¿Cuál es el “sí” que

me pides hoy? ¿Cuál es el acto de fe? ¿Cuál es la pequeña conversión? ¿Cuál es el abandono que será la puerta abierta al Espíritu Santo?».

En este punto recordamos un ejemplo de Santa Teresa. Dice ella misma que el día de su Primera Comunión, cuando tenía 11 años, pidió tres gracias a Dios:

- * la de luchar contra su orgullo;
- * la de rezar todos los días el «Acordáos», esa oración hermosa de San Bernardo que dice:

«Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia, haya sido abandonado de Dios. Animados por esta confianza, a Vos también acudimos, ¡oh Madre, Virgen de las vírgenes!, y gimiendo bajo el peso de nuestros pecados, nos atrevemos a compadecer ante vuestra presencia soberana. ¡Oh Madre de Dios!, no desprecies nuestras súplicas, antes bien escuchadlas y acogedlas benignamente».

- * y la tercera fue la gracia de nunca desanimarse. Por eso ella nunca se desanima, sobre todo porque confía en que sus deseos provienen de Dios que es Justo y como tal, no puede inspirar cosas inalcanzables, (hablando de la santidad, obviamente).

Retornamos ahora al texto anterior -que ya hemos leído- para comentarlo.

Sigue la Santa: «Agrandarme es imposible; tendré que **soportarme tal cual soy**, con todas mis imperfecciones». Prestemos atención a este sentimiento, porque es importantísimo en nuestra vida.

Por una parte, ¡qué contrario es nuestro sentir al sentir de los santos!, nosotros tenemos la constante tendencia de agrandarnos. Pretendemos hacer cosas que nos exceden, o pretendemos que los demás me reconozcan de algún modo que yo no soy. En cambio, la Santa sabiamente dice: «Agrandarme es imposible». En segundo lugar, la Santa dice: «tendré que soportarme tal cual soy». Éste es el **primer paso de nuestra conversión: reconocer sin disfraces lo que somos**, que es lo que meditamos ya en la Primera Semana, esto es ser sinceros conmigo mismo, con los demás, aceptarnos tal cual somos con todas nuestras imperfecciones.

¿Por qué insistimos tanto en esto? Porque queremos llegar a ese camino del cual habla la Santa: «por un camino muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo».

¿Cuál es este camino nuevo? Para responder, leamos cómo continúa el texto de la Santa. Dice Santa Teresita:

«Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir de peldaños de una escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente. Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de la Sabiduría eterna: El que sea pequeñito que venga a mí».

Fíjense cómo paso a paso los santos siempre nos sirven de ejemplo.

Ella se encontraba, podríamos decir, en una cierta “crisis”: la grandeza de los santos contra su pequeñez. Y en medio de esta crisis busca sin embargo, nó respuestas que vengan del mundo: busca en las Sagradas Escrituras. Siempre que algo la turbaba buscaba las respuestas en las Sagradas Escrituras.

Dice J. Philippe:

Vivimos en un mundo lleno de confusión y mensajes contradictorios. Basta con encender la radio para darse cuenta de ello. Dependiendo del canal que encontremos, escuchamos de todo y todo lo contrario. Nos bombardean constantemente con mensajes de todo tipo. Sólo la Palabra de Dios, transmitida de manera privilegiada por las Sagradas Escrituras tiene la profundidad, la claridad y la autoridad necesarias para ayudarnos a redescubrirnos a nosotros mismos. Sólo ella nos permite descubrir la verdad, entendida nó de manera abstracta, sino como presencia de Dios en nuestra vida y como camino concreto que Él propone día tras día.

¿Cuál es entonces este ascensor del que habla la Santa? La Santa, leyendo las Sagradas Escrituras, encontró este pasaje del Libro de los Proverbios: «*Si alguno es muy pequeño, venga a mí*» (Prov 9-4)³. La expresión que golpeó a la Santa fue “muy pequeño”. ¿Qué le dice Dios a esta pequeñita? No le dice: “Tienes que superarte, no estoy seguro de lo feliz que eres, ¡lo que haces no es suficiente!”. De hecho, le dice exactamente lo contrario: “Si eres muy pequeño, ¡ven a mí! sin miedo”.

Continúa Santa Teresa:

«Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba, Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el pequeñito que responde a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré (...).».

«Lo que agrada a Dios ... es que Ame ... mi pobreza».

Encuentra otro texto de las Sagradas Escrituras: «*Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré*» (Cf. Is 66,12-13).

Dios la consolará diciéndole: “No te preocupes y no te desanimes por tus debilidades. Es precisamente en vuestras debilidades, en vuestra pobreza, donde actuaré gracias a Mi poder. Lo que no puedas hacer solo con tus fuerzas, Yo lo haré por ti”. En lugar de considerar vuestra pobreza como una desventaja, un obstáculo, tenemos que considerarla como una gracia. Dice santa Teresa:

«Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma. ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más».

He aquí pues la elevación, lo que estamos buscando: los brazos de Jesús y la misericordia de Dios que se manifiesta en Cristo serán la elevación de Teresa y la guiarán hacia lo que parece inaccesible; es decir, la verdadera santidad.

³ Algunas traducciones dicen: “Si alguno es simple...”.

Teresa descubre que el secreto último de su investigación es **no necesitar crecer**; por el contrario, debe **seguir siendo pequeñita** y de hecho llegarlo a ser cada vez más.

Aclaración: Es importante entender bien este “**no necesitar crecer**”, que no significa cerrarme ni crecer en la soberbia de mi vida, sino reconocermelo como creatura, como necesitado, como impotente ante la grandeza de la santidad. Como necesitado de la Gracia Divina.

Ser en efecto tan pequeño de animarse a no despertar a Jesús mientras duerme en la barca, dejarlo descansar: porque **quien es pequeño confía**. Esta frase tiene que quedar grabada en nuestros corazones: quien es pequeño confía, “como niño en brazos de su madre”.

Teresa descubrió que la esencia del “camino”, del nuevo **camino hacia la santidad, es permanecer pequeño**; y cada vez más, esta actitud ciertamente la atraerá hacia la gracia de Jesús que actuará como un elevador y la conducirá donde ella quiera, es decir a la cumbre del amor.

Intentemos ir más profundo en este “camino” de Teresa con sus mismas palabras. ¿Qué significa “ser pequeño” para la Santa? La respuesta la encontramos en lo que se llama el «*Cuaderno Amarillo*» de Santa Teresita⁴, en un diálogo que tuvo con la hermana Inés de Jesús el 6 de agosto de 1897. Esta hermana le preguntó: “¿Qué significa hacerse pequeño delante de Dios?” A lo que la Santa respondió:

«Es reconocer la propia nada y esperarlo todo de Dios, como un niño **lo espera todo de su padre**; es **no preocuparse por nada**, ni siquiera por ganar dinero. Hasta en las casas de los pobres se da al niño todo lo que necesita, pero en cuanto se hace mayor su padre se niega ya a alimentarlo y le dice: Ahora trabaja, ya puedes arreglártelas tú solito.

Precisamente por no oír esto, yo no he querido hacerme mayor, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del Cielo. Así que seguí siendo muy pequeñita, sin otra ocupación que la de recoger flores, las flores del amor y del sacrificio y ofrecérselas a Dios para su recreo».

Cada vez que la Santa dice «vida» en este escrito, se refiere siempre a la vida eterna; no se trata de infantilismo, ni de inmadurez.

Para entender estos textos, volvamos a nuestro Texto Bíblico.

Vayamos con nuestra imaginación a la situación: comienza la tempestad, nos comenzamos a mojar y a temer el viento. Mientras tanto Jesús duerme. Ahora pensemos en nuestras vidas, vemos nuestras limitaciones, nuestros miedos y dificultades. En este momento, ¿qué deseamos? Muchas veces queremos ser expertos, irreprochables, no confundirnos nunca, no caer nunca, tener un discernimiento infalible, una virtud sin mancha. ¿Qué nos diría Santa Teresa?: “Espera todo de Tu Padre, no te preocupes por nada. Todo esto consiste en definitiva en dejar que Jesús duerma, mientras pasa la tempestad.

⁴ LES ARCHIVES DU CARMEL DE LISIEUX, *Cuaderno Amarillo*, “CJ agosto de 1897”, 6 de agosto, Conversación 8.

Atención que igualmente esto no significa “no trabajar en nuestra santidad”; por un lado es necesario tener un deseo real de conversión, un deseo auténtico de cambiar, de mejorar, de vivir según el Evangelio, de practicar todas las virtudes -la paciencia, la pureza, la humildad, etc-. Evidentemente hay que tener mucha determinación, la determinación por ejemplo de San Luis Rey de Francia quien decía: “Prefiero contraer la lepra a cometer un pecado mortal”.

Decir esta frase en la Edad Media no era poca cosa, porque quienes contraían esta enfermedad -la lepra- quedaban excluidos de la sociedad. También nosotros debemos estar animados por una determinación tan fuerte, (y sabéis bien que este término se encuentra frecuentemente en Teresa de Ávila): es mejor contraer una enfermedad dolorosa, incluso morir, que ofender gravemente a Dios.

Esta sería nuestra intención de conversión; pero no debemos olvidarnos de aceptarnos como **pobres y pecadores**, porque a pesar de nuestra buena voluntad y el deseo sincero de no rechazar nunca nada de Cristo y de amarlo con todo el corazón, siempre nos toparemos con nuestros límites, con las debilidades, podemos caer, y todas estas cosas pueden ser incluso humillantes, pero debemos acogerlas. Debemos rechazar el pecado al mismo tiempo que debemos aceptar que somos pobres pecadores, es decir, que podemos caer muchas veces, sabiendo muy bien que somos capaces de levantarnos rápidamente, como los niños de los que habla Teresa.

Dice, en efecto, Santa Teresita⁵: «¡Oh! ¡Qué feliz soy de verme imperfecta!» Fíjense qué distinto el modo de pensar de los santos a nuestro modo de pensar. Los santos se alegran de verse imperfectos. Dice la Santa entonces: «¡Oh! ¡Qué feliz soy de verme imperfecta y de tener tanta necesidad de la misericordia del buen Dios en el momento de la muerte!»

Tenemos que poner en práctica el amor, el amor hacia nosotros, hacia nuestra humildad, la confianza en la misericordia del Padre y al mismo tiempo la decisión de pertenecer completamente a Dios, reconocernos que no podemos al mismo tiempo servir a Dios y al mundo; servir a Dios y al dinero; servir a Dios y querer a toda costa el éxito o el camino sencillo. Amarnos a nosotros mismos no para desanimarnos, no para llorar cuando nos topamos con nuestra fragilidad, sino **para cultivar el deseo de santidad**. No es una perfección extraordinaria porque **la santidad** es algo completamente diferente, **es el deseo de amar a Dios y al prójimo y llegar a lo más profundo del amor**.

Teresa decía: «Dios mío, no quiero ser santa a medias»; es decir, no puedo amar a Dios sólo con la mitad de mi corazón -de hecho sabemos que el primero de los Mandamientos dice: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; [...] amarás a tu prójimo como a ti mismo*». A esto debemos aspirar no confiando en nosotros mismos, sino contando con la Gracia Divina, confiando en Él.

En una de sus «Cartas»⁶, Teresa afirma que, por el contrario, lo que más duele a Dios, nuestro mayor agravio contra Él, es la falta de confianza. «Lo que ofende a Jesús, lo que le

⁵ LES ARCHIVES DU CARMEL DE LISIEUX, *Cuaderno Amarillo*, “CJ julio de 1897”, Julio 29, Conversación 3.

⁶ DICASTERIO PER IL CLERO, *CARTAS – Cuarto Período El Noviciado (enero de 1889-setiembre de 1980)*, *Santa Teresita del Niño Jesús* 83, “Cta 92 a María Guérin”.

duele profundamente es la falta de confianza», dice Santa Teresa. Dios no espera de nosotros que seamos perfectos instantáneamente, Él espera nuestra confianza. Una confianza total: **“Jesús, no te despiertes, confío en Ti”**.

Nos sirvan estos textos de Santa Teresa en los que habla de la confianza para profundizar en esta confianza necesaria al Amor de Dios y a nuestra santidad, y especialmente en esta Segunda Semana de los Ejercicios Espirituales en la que tenemos que aprender el actuar de Jesús, pero hacernos íntimos amigos de Él en la contemplación. Bueno, espero que les sirva, que Dios los bendiga y que tengan unos Santos Ejercicios.

Coloquio.